

Sobre vivencias oscuras, lenguaje y hospitalidad.

Hablar y escribir sobre SIDA y homosexualidad

On Dark Experiences, Language and Hospitality. To Talk and write about AIDS and homosexuality

Ernesto Meccia*

Fecha de Recepción: 3/9/2016
Fecha de Aceptación: 5/10/2016

Resumen: *En este ensayo reflexiono sobre las dificultades para incorporar vivencias traumáticas en los relatos de vida de varones homosexuales mayores. Las dificultades son analizadas desde dos perspectivas: una metodológica y otra relacionada con la “hospitalidad” del lenguaje, inspirado en la noción de Jacques Derrida.*

Palabras clave: *Homosexualidad – Relatos de vida – Lenguaje – Experiencias traumáticas – Hospitalidad*

Abstract: *In this essay I reflect on the difficulties of incorporating traumatic experiences in the life stories of older homosexual males. The difficulties are analyzed from two perspectives: the methodological one and other one related to the “hospitality” of the language, inspired by the notion of Jacques Derrida.*

Keywords: *Homosexuality – Life Stories – Language – Traumatic Experiences – Hospitality*

Preguntas

* Doctor en Ciencias Sociales, Magíster en Investigación en Ciencias Sociales y Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Profesor regular de grado y posgrado en la UBA y la Universidad Nacional del Litoral. Autor de “La cuestión gay. Un enfoque sociológico” (2006), “Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gaycidad” (2001) y “El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia” (2016). Correo electrónico: ernesto.meccia@gmail.com

La última investigación que realicé se publicó como libro con el título *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia* (Meccia, 2016). Trata sobre las formas en que homosexuales adultos y adultos mayores narran las transformaciones sociales de la homosexualidad en la ciudad de Buenos Aires (y sus alrededores), y las de ellos mismos a medida que las primeras se expandían.

Como nunca antes procuré estar atento a las voces de los actores. Entendía que su ensamblado nos iba a legar –a nosotros, los lectores sucedáneos- el relato colectivo de una época de furiosa represión y dramático destierro social “superada” en varios e importantes sentidos. En todo momento tuve presente una famosa reflexión de Bertolt Brecht que hace mucho descubrí como epígrafe de un libro de Carlo Ginzburg: “¿Quién construyó Tebas, la de las siete puertas? En los libros aparecen los nombres de los reyes”.¹ En efecto, desde un punto de vista metodológico, decidí hacer todos los esfuerzos y tomar todos los recaudos para restaurar –plena- la voz de los actores en la explicación de su propia historia individual y colectiva.

Irene Vasilachis, en el prólogo, sostuvo que hice un uso “comparativo y no legitimador” de la teoría sociológica. Es cierto: al estar convencido de que los científicos sociales debemos comprometernos para ensanchar las posibilidades hermenéuticas de los grupos sociales, me planteé el desafío de poner de relieve en el texto y en su progresión argumental las teorías sociológicas del cambio social que manejaban los entrevistados. Sí: las teorías de los actores “comunes”. “De”: preposición de pertenencia. Y ello nunca para confrontarlas con mis teorías sociológicas o para triangularlas con vistas a la confirmación de algo, sino –al contrario- al solo efecto de ampliar las posibilidades de la interpretación.

Se trató, en suma, de mi primera gran experiencia en torno a una idea profusamente circulada pero poco practicada –es mi opinión- en el campo de estudios de las sexualidades: la del carácter co-construido y dialogal del conocimiento, es decir, la consideración de que la investigación es “una construcción cooperativa en la que sujetos esencialmente iguales realizan aportes diferentes. Esos aportes son el resultado del empleo

¹ El poema de Bertolt Brecht se llama “Preguntas de un obrero ante un libro”.

de diferentes formas de conocer, una de las cuales es la propia del conocimiento científico.” (Vasilachis, 2006).

Como ya se intuirá, mi aliento no era solamente metodológico; también tenía un componente ético: “dar voz”-al decir de Charles Ragin (2007)- a un conjunto de personas grandes (la mayor de ellas tiene hoy de 81 años), cuyas vivencias pasadas y cuyas problemáticas actuales no están clara ni tenazmente representadas por alguna línea de activismo LGTBI.

Cuando pensaba en las vivencias pasadas imaginaba la ingente cantidad de hechos profanadores de la dignidad personal que debieron soportar pero, sobre todo, en que por los años en que eran jóvenes no existían lenguajes propios a través de los cuales situar y significar esas vivencias dolorosas. De la homosexualidad –vale recordar- se decía que no podía decir su nombre. Siendo ese el caso, la única posibilidad de “significación” que les quedaba a aquellas personas estaba dada por la razón heteronormativa y homofóbica que, además de invisibilizadora, era siempre aleccionadora y vergonzante.

Conjeturaba entonces que un conjunto de antiguas vivencias homosexuales habían quedado atrapadas en una zona de oscuridad o, al menos, de penumbra discursiva; aprisionadas en un largo pasillo de indiscernibles, cuya longitud se extendía desde el recuerdo puro de la vivencia (eternamente vergonzante y humillante) hasta las puertas de la puesta en sentido del pasado, algo que se podría lograr pero solo en caso de disponer de nuevos lenguajes que ayudaran a encuadrar lo vivenciado desde las propias coordenadas de las víctimas.

En el día de hoy, en momentos en que el viejo sistema homosexual ha desaparecido y emerge la gaycidad junto con los derechos igualitarios pareciera que existiesen nuevos lenguajes; es más, uno estaría dispuesto a sostener que dentro del espacio discursivo delineado por el imaginario gay podrían encontrarse recursos lingüísticos para inscribir el pasado y significarlo de una manera acorde a la dignidad humana y proporcional al drama vivido.

Pensemos por un momento en la creciente transversalidad que tienen, por un lado, el discurso del “orgullo gay” y, por otro, el de los Derechos Humanos. Ambos

discursos forman parte de un notorio proceso de des-regulación predicativa de las sexualidades no-heterosexuales. Ya no existe la sola razón heterosexista predicando la desigualdad sexo-genérica, sino que existe paralela a un conjunto de prédicas plurales emanadas del mundo de vida de la diversidad sexual. Estas prédicas – asimismo – están insufladas por la propensión a la reflexividad, entendida como un fenómeno sintomático de la actual etapa de la modernidad, en el cual lo biográfico sea ha vuelto un imperativo en concomitancia con la legitimación de los estilos de vida. Quiero decir: hoy, gays y lesbianas tendrían –circunstancia inédita- múltiples ofertas discursivas de subjetivación positiva.

Sin embargo, y aun reconociendo la pluralización del espacio de lo decible, este artículo nace de una duda. La duda respecto del grado de “hospitalidad”(Derrida y Dufourmantelle, 2008) que el lenguaje gay podría tener respecto de quienes provienen del universo socio-semiótico homosexual: ¿hasta qué punto este lenguaje se desempeña como un buen “anfitrión” de quienes hablan, en gran medida, otra lengua; la lengua del mundo anterior? ¿Hasta qué punto (los) contiene? ¿Hasta qué punto incita a la conversación?

Escribo este artículo –en parte para hacer catarsis- por recomendación de mis colegas del mundo académico y compañeros de militancia sexual a quienes oportunamente compartí un hallazgo inquietante del trabajo de campo para la investigación. Luego de realizar más de setenta entrevistas en profundidad, pude observar que el tema que menos apareció fue el SIDA: sus menciones, contra todas mis expectativas, o fueron nulas, o tuvieron el estilo de un telegrama por su brevedad. Muy pocos entrevistados trataron el tema directa y extensamente.

La epidemia del SIDA fue un acontecimiento dramático que sirvió para el resquebrajamiento del antiguo orden homosexual; su impacto más alto en Argentina tuvo lugar durante los años 90. Más de veinte años después puede observarse su carácter bivalente: en su momento, si bien por un lado se redobló la sospecha estigmática sobre la homosexualidad (“grupo de riesgo” fue una expresión de uso casi popular), por otro, paradójicamente, la epidemia arrancó a la homosexualidad del silencio y la invisibilidad

e hizo que comenzara a formar parte de discusiones políticas ampliatorias de la ciudadanía y portadoras de nuevas ideas sociales de igualdad.

Pero el SIDA, antes que nada, puede catalogarse como un “trauma” de carácter colectivo (La Capra, 2005; Pollak, 1988, 2006; Wikinski, 2016). En los años 90 fue sinónimo de muerte, y por lo tanto, un alterador demográfico, que además funcionó como causa de degradación social total.

“Alterador demográfico”, una expresión cuyos alcances deseo aclarar. Por ejemplo, en un estudio realizado en Estados Unidos por Martin y Dean (1993), sobre una muestra de varones homosexuales se observó que el 30% había experimentado hasta dos muertes de amantes, ex amantes o amigos cercanos dentro de un período de 12 meses iniciado en 1987, y casi un 50 % había experimentado 3 o más muertes. Resumidamente: en un año, cerca del 80% de los encuestados había perdido, al menos, dos personas de gran cercanía; cifra que no sumaba a los conocidos y a los conocidos de los conocidos.

Quedé sumido en la extrañeza: ¿por qué –justamente- los integrantes de las generaciones que resultaron diezmadas por la epidemia, entrevistados nada menos que a propósito de la historia de la homosexualidad (y la de ellos) durante los últimos 35 años, casi no la mencionaron?

Me enfrentaba ante algo que era aparentemente una borradura. Me sentí entonces, me siento ahora, muy interpelado: ¿cómo podría construir una reflexión sociológica sobre aquello que no está, que no apareció? Una de las vías que penséla adelanté hace un momento: pensaba que es adecuado indagar la hospitalidad concreta de los lenguajes “ciudadanos” de la diversidad sexual o en la percepción que tienen los homosexuales mayores de esa hospitalidad. Pero me parecía apresurado culminar ahí.

Creí necesario abrir dos vías más. Primero: una reflexión sobre la dimensión discursiva de las situaciones de traumas colectivos: ¿el silencio sobre ellos implica siempre una borradura? ¿Qué debería entenderse por tal? Y, además: ¿qué recursos brinda una cultura, en determinado momento, para la tematización y la narración de los traumas? Se-

gundo: una reflexión –para mí muy significativa- de índole metodológico que involucrara mi oficio, que ayudara a preguntarme si había hecho las cosas bien y, así, colaboraran la auditoría de mi propia investigación: ¿cuáles son los márgenes de acción que podemos tener los investigadores cualitativos respecto de los silencios relativos a situaciones sociales traumáticas cuando estamos en situación de entrevista? ¿Cómo podemos ayudar a que los entrevistados den curso a sus verdades en penumbras, especialmente en el sentido de “liberarse de ellas”, como decía Pierre Bourdieu (1999)? Quiero decir: ¿cuándo se torna necesario hacer algo más que esperar a que –como se indica “emerjan” los datos “desde” el actor y solamente desde allí? ¿De qué formas sería fundado intervenir en la entrevista sin violentarla? ¿No sería acaso dicha intervención un signo de hospitalidad del investigador? Y esta última pregunta abre otra que es fundamental: ¿qué entrenamientos nos damos para ser hospitalarios con las voces de los demás, esto es, para recibirlas sin alterarlas en el contexto de una investigación?

El subtítulo de este trabajo incluye dos verbos (“conversar” y “escribir”); la inclusión de ambos procura reflejar el elenco involucrado en esta reflexión y las acciones correspondientes a cada integrante. El primer verbo hace referencia a la acción de los entrevistados de testimoniar el pasado traumático: ¿cómo podrían –hoy- conversar sobre lo sucedido? ¿Con quiénes sí podrían, con quiénes no? El segundo verbo es el que corresponde al investigador: ¿cómo escribir sociológicamente de un modo que esté a la altura de la intensidad del drama vivido? ¿Cómo textualizar en un escrito académico testimonios complejos por lo que dicen y por lo que no dicen? ¿Cómo hacer para que la escritura académica refleje la hospitalidad que previamente hubo de lograrse en la situación de entrevista? Y si un texto académico llega a ser realmente hospitalario: ¿quién tiene la voz autorizada, de quién es la última palabra?

Como pensamos que la hospitalidad es una práctica que se debe trabajar en todos los planos de la interacción social, empezaremos por pensarla dentro del mundo al que pertenecemos. La primera parte del artículo –entonces- estará dedicada a la metodología.

Hospitalidad metodológica

Quienes trabajamos desde las Ciencias Sociales con metodologías cualitativas manejamos un lema de significación altamente compartida: al realizar observaciones o entrevistas nos incumbe el despliegue de habilidades tendientes a favorecer la locuacidad a través de la “asociación libre” (por parte de los entrevistados) y la “atención flotante” (por parte del investigador) con el fin de que emerjan (por parte de los entrevistados) “categorizaciones diferidas”, o sea, las visiones de los mismos actores sobre cierta fracción de la realidad social (Guber, 2004). Simultáneamente, entendemos que cualquier situación de entrevista, al ser una relación social surgida de los intereses cognoscitivos de una de las partes, supone una alteración de los términos en que se producen los intercambios comunicativos de la otra parte y que, por lo tanto, en todo momento es un riesgo el ejercicio involuntario e inadvertido de la “violencia simbólica” (Bourdieu, 1999). De allí que el nivel de intervención del entrevistador deba –en principio- reducirse al mínimo.

Cuando comencé a realizar el trabajo de campo me propuse –como siempre- respetar esta lógica de trabajo. Cuando estaba cerca de la mitad empecé a notar la “ausencia” del SIDA en los relatos del cambio social de la homosexualidad. Las entrevistas –dicho no sea de paso- eran generalmente extensas y encuadraban las transformaciones desde muchos aspectos. Un tanto inquieto y extrañado empecé a reflexionar en términos dilemáticos acerca de ¿dónde está el dato: en lo que los entrevistados ponen “dentro” de la narración o en lo que dejaron “afuera”? Paranoico, pensaba con temor y temblor en mis colegas y lectores. Ellos podrían preguntarme más por lo que dejaron “afuera”, un interrogante sin dudas válido. Sin embargo, fiel a lo que entendía era el procedimiento correcto, decidí no prestar tanta atención al “afuera”; en lugar de eso, me dispuse a observar en detalle cuál era la “trama” de cada relato que rememoraba las transformaciones de la homosexualidad, es decir, tratar de comprender qué le habían puesto “adentro” los testimoniantes.

Suponía que bajo esta lógica, lo “mucho”, lo “poco” (o lo “silencioso”) tendrían el mismo valor como dato; “adentro” y “afuera” era información por igual, la diferencia

es que con algunos datos podría trabajar más que con otros. Pensaba que esas consideraciones ordinales respecto a la presencia del SIDA en los testimonios no tendrían una razón cualitativa de ser, quiero decir, que indicar “mucho” o “poco” era una impertinencia ya que dichas cantidades encarnaban, en realidad, mis propias expectativas acerca de lo que tendrían que decir quienes –en esa situación- no eran como yo. En ese momento este procedimiento me parecía un “sinsentido cualitativo”.

Ahora, cuando la investigación está terminada y publicada, me pregunto si no pude haber actuado de otra forma; si no pude haber desplegado –*in situ*- tácticas destinadas al traslado de contenidos desde el “afuera” del relato hacia el interior del mismo.

Para ello tendría que adquirir más formación académica sobre la dimensión discursiva de los traumas colectivos y –sobre todo- convencerme de que en Ciencias Sociales los investigadores no solo podemos trabajar como “captadores” de categorías emergentes de sentido, sino también como “co-productores” de nuevas categorías de sentido junto a los entrevistados; un trabajo que Pierre Bourdieu metaforiza con la figura del “partero”: *“Los fundamentos reales del descontento y la insatisfacción así expresados, en formas tergiversadas, no pueden tener acceso a la conciencia —es decir, al discurso explícito— más que a costa de un trabajo que apunte a sacar a la superficie esas cosas enterradas en quienes las viven, que no las conocen y, a la vez y en otro sentido, las conocen mejor que nadie. El sociólogo puede ayudarlos en ese trabajo a la manera de un partero, siempre que posea un conocimiento profundo de las condiciones de existencia que los producen y de los efectos sociales que pueden ejercer la relación de encuesta y, a través de ella, su posición y sus disposiciones primarias.”* (Bourdieu, 1999: 539).

Pero más pensé en que me hacía falta entrenamiento –seguramente apelando al psicoanálisis- para colaborar en la exteriorización de acontecimientos dolorosos. Junto a Michael Pollak, asumo que el silencio no supone el olvido (o la “borradura”, como dije arriba) sino ante todo la dificultad de procesar (o de elaborar) una situación traumática. Pollak sostiene que la crueldad y la inhumanidad que signan la situación origen

del trauma alojan a las víctimas en dos propensiones a lo indecible. Primero, las víctimas pueden preferir no hablar porque en las situaciones de opresión aprendieron lo conveniente que era guardar silencio. Ellos como nadie supieron que hablar podía llevarlos a dramáticos malos entendidos (además de a los malos entendidos de siempre). Segundo, puede darse que las víctimas no elijan no hablar sino que no sepan cómo hacerlo, es decir, que aún no tengan o que no hayan encontrado una forma atractiva. Ha sido tan ominosa la inhumanidad, que la suma de las profanaciones al yo que trajo aparejadas, pudo delinear una subjetividad escéptica respecto de que pueda existir un encuadre de la memoria “correcto”, entendiendo como tal, una forma expresiva que maneje un lenguaje que resulte “fiel” al trauma, que pueda “re-presentarlo” cabalmente. En estas condiciones, el sufrimiento permanecería en silencio al no encontrar un canal comunicativo verosímil. Pero este silencio no es el síntoma necesario de una borradura. Justamente es en ese espacio donde deberíamos diseñar herramientas metodológicas que tiendan a que el silencio o el balbuceo dejen de operar en el sujeto y produzcan—en situación de entrevista— nuevas categorías que den sentido a lo vivido.

En un sentido parecido, Michèle Leclerc-Olive (2009), en sus estudios sobre las temporalidades biográficas, se explaya sobre la secuencialización de la vida que realiza el trabajo narrativo. Nos dice que los actores, desde un presente siempre específico, arman la narración biográfica través de dos clases de “eventos significativos”: los “giros de la existencia” y los “acontecimientos catástrofe”. Los primeros son hechos que la narración presenta como dinamizadores de la vida: un giro de la existencia es un hecho rememorado que permite imaginar el derrotero del narrador a través de una “vuelta de página”, o de “un antes y un después” en la vida. Los “acontecimientos catástrofe” son muy distintos: lejos de señalar una vuelta de página hacen referencia a un “momento eterno”, a la irrupción de una realidad (guerras, epidemias, genocidios) con efectos devastadores sobre la subjetividad de las personas, a quienes desordena y desestabiliza cognitivamente. Sus vidas, a partir de entonces, no pueden comprenderse más que a través de la devastación, siendo altamente dificultoso que se active de allí en más algún almanaque, es decir, que la vida adquiera un sentido de avance o de movimiento. Un

giro de la existencia hace las veces de espaciador biográfico; en las antípodas, un acontecimiento catástrofe no reconoce espacios y lo inunda todo. En íntima vinculación con los planteos de este escrito, los giros de la existencia son tematizados, sobre ellos recaen ya explicaciones de los actores, destinados a ellos existen ya distintos lenguajes. Por el contrario, esos lenguajes aún no existen para cubrir los acontecimientos catástrofe que de esta manera siguen habitando al sujeto sin transformarse cualitativamente en “acervo de experiencia” (Schutz, 1974).

Sin embargo, ello no compromete –por definición– la comunicación futura de lo vivido traumáticamente. Leclerc-Olive habla, a la sazón, de una “memoria en descanso” que, lejos del simple olvido, espera las oportunidades para ponerse en acción y etiquetar las vivencias, pudiendo ser una ellas la conversación en el marco de la entrevista: “*entre el inconsciente y la memoria viva existe una memoria en descanso de lo “no-dicho y no-olvidado” (...) que la entrevista consigue develar*” (Leclerc-Olive, 2009: 12). En palabras de la autora, el entrevistador puede officiar como el “sancionador” de las “vivencias oscuras” del entrevistado, una especie de instancia externa que aporta –a modo de hipótesis interpretativa rebatible– una etiqueta sobre lo que “realmente” le pasó al testimoniante. Sin dudas, una delicada operación de co-producción de sentido entre el investigador que pone la hipótesis *ad referendum*, y el entrevistado que, en caso de aceptarla, pone el etiquetado de los eventos del pasado, recuperándolos e incorporándolos a la línea de su biografía.

La adopción de procedimientos de esta clase ampliaría el papel de la investigación cualitativa en el sentido de ofrecer un lugar no solo a las palabras del otro sino, fundamentalmente, a sus “palabras-por-decir”. Trabajar para el afloramiento de las últimas sería un signo de hospitalidad en un texto de Ciencias Sociales, una práctica –es una opinión (y también fue mi experiencia)– a la que deberíamos volcarnos con más decisión y en colaboración con otras disciplinas sociales y humanas.

Hospitalidad lingüística

Los sentimientos de pérdida y duelo que causó al aterrizaje de la epidemia en los años 90 quizás sean intransferibles (como suele decirse acerca del sufrimiento), sin embargo, la reflexión que nos convoca nace del hecho de que casi no hayan sido comunicados a lo largo de decenas de entrevistas en profundidad que trataban sobre las transformaciones de la homosexualidad en los últimos 30 años. Intransferibilidad e incomunicabilidad son dos cuestiones distintas.

Desde el punto de vista de las ciencias sociales, la cuestión del sufrimiento conlleva la construcción de una pregunta a través de la descripción de dos circunstancias polares. En principio, puede considerarse al sufrimiento (especialmente el originado en situaciones traumáticas o de humillación social) como un conjunto de vivencias individuales intransferibles, en el doble sentido de que solo el sufriente y el humillado “saben” qué es lo que siente, y de que parecieran no existir palabras que expresen la hondura del sentir. Pero, al mismo tiempo, debiera plantearse lo contrario: que el dolor busca una forma de exteriorización, una forma de ponerlo en común con los demás (sean éstos afectados o no por la misma situación), y para ello, los que sufren no tienen otra alternativa que llevar el dolor a la lengua, que buscar -casi en términos de ensayo y error- las palabras que mejor den cuenta de él. Al hacerlo –dato sociológico de máxima importancia- sufrientes y humillados crean “comunidades de dolor”, las cuales, a su vez, no son fácilmente dissociables de la construcción de una “memoria colectiva” en torno al mismo. En este contexto, ambos (“comunidad” y “memoria”) son entendidos como insumos para el “trabajo de elaboración” de lo sucedido.

Una buena pregunta para continuar podría ser: ¿aquellas vivencias oscuras e intransferibles son “incomunicables”? (Calveiro, 2008; Wikinski, 2016). Pensamos que la respuesta es negativa. Por lo tanto, más allá de las cuestiones metodológicas del apartado anterior tenemos que destinar una reflexión a las formas en que los varones homosexuales adultos y adultos mayores podrían insertarse lingüísticamente –si es que pueden- en el plano más general de la cultura gay.

La situación podría caracterizarse como paradójica: como nunca antes los discursos “amigables” (“*friendly*”, es la expresión en usanza) sobre gays y lesbianas circulan por muchos lugares y provienen, asimismo, de usinas “autorizadas” de producción de sentido social (desde el discurso jurídico hasta el mass-mediático; desde el discurso político-partidario hasta al de los Derechos Humanos). Y, sin embargo, me encontré con una semi-borradura, con reticencias, con balbuceos, con susurros indirectos que no se deciden a incorporar un acontecimiento clave en el devenir de las generaciones de los varones homosexuales que estudié.

Mi hipótesis -que presento por primera vez en el marco de este ensayo- es que mis testimoniados sienten que dentro de la sociedad gay también son extranjeros, o se sienten extranjeros por segunda vez (antes lo habían sentido respecto de la sociedad heterosexual). Si en los momentos en que asolaba la enfermedad tuvieron que comparecer –entre otros- ante el lenguaje médico-hegemónico, y fueron obligados a hablar ante quienes usaban una lengua distinta; ahora sentirían algo parecido respecto del lenguaje gay. En otras palabras: es probable que, ante un lenguaje que insiste en remarcar con aire triunfal los derechos conquistados, la ciudadanización, la salida del closet obligada y la integración social, se haga dificultoso acuñar un lenguaje que traiga las imágenes de los peores momentos del pasado. En otras palabras: ante la transparentación triunfal de algunas cuestiones de la diversidad sexual: ¿para qué traer cosas de un mundo oscuro y clandestino, de un mundo que –además- ya no existe? El temor de los testimoniados adultos y adultos mayores a que surjan nuevos malos entendidos oficializaría –ésta es la continuación de mi hipótesis- como inhibidor del habla. Al respecto, pude leer en Derrida y Dufourmantelle que quien necesita hospitalidad se siente “extranjero”: *“entre los (...) problemas que tratamos aquí, está el del extranjero que, torpe para hablar la lengua, siempre corre el riesgo de quedar sin defensa ante el derecho del país que lo recibe o que lo expulsa; el extranjero es sobre todo extranjero a la lengua del derecho en la que está formulado el derecho de la hospitalidad. (...). Debe solicitar la hospitalidad en una lengua que por definición no es la suya, aquella que le impone el*

dueño de casa. (...). Este le impone la traducción en su propia lengua, y ésta es la primera violencia.” (Derrida y Dufourmantelle, 2008: 21).

Tendríamos que dirigir la mirada hacia el funcionamiento global de los discursos nativos y amigables sobre la diversidad sexual para profundizar la reflexión acerca del verdadero grado de hospitalidad que tendrían respecto de los lenguajes anteriores. La cuestión es de importancia, ya que muchos de esos discursos forman hoy parte de la cultura *mainstream* y surgen dudas acerca de que la misma—a contrapelo de su auto-representación (*friendly*)-funcione como una auténtica proveedora de recursos simbólicos para significar lo vivido, especialmente cuando fue doloroso y estuvo adscrito a la abyección. Mariana Wikinski, en un trabajo sobre el testimonio de las experiencias traumáticas de violencia estatal, expresa que: *“en el trabajo de encontrar las palabras que se acerquen a la transmisión de lo vivido, el narrador cuenta con las representaciones disponibles para su época. Todo acontecimiento tiene o habrá de tener algún modo de inscripción narrativa en la comunidad en la que se produce. Incluso los traumas más íntimos resultan pre-significables. Pero cuando el trauma que debe ser narrado no es de índole individual, sino que es un trauma colectivo, será crucial el aporte de los recursos narrativos disponibles para el conjunto de la sociedad, puesto que podrán tanto facilitar como obtener —e incluso clausurar— el trabajo de significación individual. El juego que se produce entre los modos colectivos y los modos individuales del recordar, es profundamente complejo.” (Wikinski, 2016: 63)*

Habrá que examinar entonces a los lenguajes “plurales” e “inclusivos” de la ciudadanía gay, observarlos en su rol de anfitrión de otras lenguas y otras experiencias; observarlos —en definitiva— en su capacidad de incitar y legitimar la palabra de “otras” gentes que aún tienen bastante por decir.

Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. “Comprender”. *La miseria del mundo*. Dir. Pierre Bourdieu. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 1999.
- Brecht, Bertolt, *Poemas y canciones*. Madrid: Alianza, 1997.
- De Vries, Brian, “Aspects of Death, Grief, and Loss in Lesbian, Gay, Bisexual and Transgender Communities”. *Living with Grief: Diversity and End-of-Life Care*. Eds. Kenneth Doka, Amy Tucci & Richard Payne. A. S. Washington DC: Hospice Foundation of America, 2009. 243-257.
- Derrida, J. y Dufourmantelle, A. *La hospitalidad*. Buenos Aires: Ediciones De La Flor, 2009.
- Ginzburg, Carlo, *El queso y los gusanos El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Barcelona: Muchnik Editores, 1999.
- Guber, Rosana, *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- LaCapra, Dominick, *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión, 2005.
- Leclerc-Olive, Michèle, “Temporalidades de la experiencia: las biografías y sus acontecimientos”, Iberofórum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana, 2009. 1-39.
- Lotman, Iuri, *La semiosfera I. Semiótica de la cultura y del texto*. Madrid: Cátedra, 1996.
- Martin, J. L., & Dean, L. “Bereavement following death from AIDS: Unique problems, reactions, and special needs”. *Handbook of bereavement: Theory, research, and intervention*. Eds. Margaret Stroebe, Wolfgang Stroebe, & Robert O. Hansson. New York: Cambridge University Press, 1993. 315-330.

Meccia, Ernesto, *Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y la gay-cidad*. Buenos Aires: Gran Aldea Editores, 2011.

—, *El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia*. Santa Fe: Ediciones UNL – EUDEBA, 2016.

Pollak, Michael, *Les homosexuels et le SIDA. Sociologie d'une épidémie*. París: Métailie, 1988.

—, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Ediciones Al Margen, 2006.

Ragin, Charles, *La construcción de la investigación social. Introducción a los métodos y su diversidad*. Bogotá: Universidad de Los Andes, Sage Publications, 2007.

Schutz, Alfred, *El problema de la realidad social*. Buenos Aires: Amorrortu, 1995.

Vasilachis, Irene, *Estrategias de investigación cualitativa*. Buenos Aires: Gedisa, 2006.

Wikinski, Mariana, *El trabajo del testigo. Testimonio y experiencia traumática*. Buenos Aires: La Cebra, 2016.